

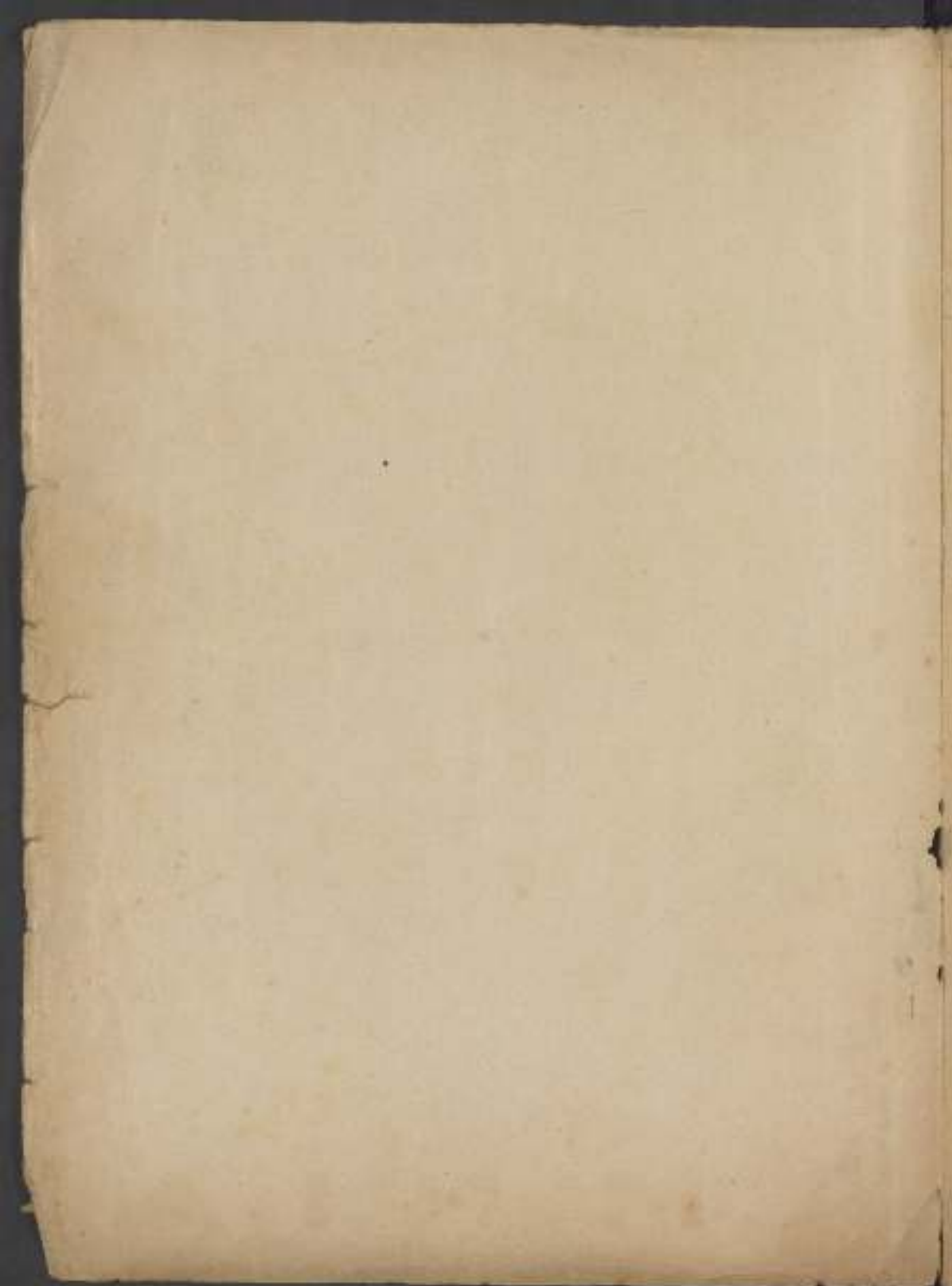
1
PTA

EDICIONES
BISTAGNE

CATALINA
BARCENA

GILBERT ROLANI
MONA MARIS
JUAN TORENA
ROMUALDO TIRADO

UNA VIUDA ROMANTICA



UNA VIUDA ROMÁNTICA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Una viuda romántica

Deliciosa producción hablada en español, basada en la obra «EL SUEÑO
DE UNA NOCHE DE AGOSTO» del eminente escritor

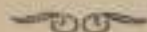
Don **Gregorio Martínez Sierra**

Dirección de LOUIS KING

Supervisión de GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Adaptación cinematográfica de JOSÉ LÓPEZ RUBIO
y PAUL PÉREZ

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

Rosario	CATALINA BÁRCENA
Luis Felipe de Córdoba	Gilbert Roland
Estrella	Mona Maria
Mario	Juan Torená
Pepe	Julio Peña
Emilio	Fernando de Toledo
Doña Barberita	Julia Bejarano
María Pepa	María Calvo
Un policía	Romualdo Tirado
Don Juan	Juan Martínez Pla
Guillermo	Paco Moreno

Prefacio

En este film, basado en una bella obra teatral, se unen dos valores a cual más estimable: Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra.

Catalina Bárcena es la artista exquisita, de espontaneidad maravillosa, de personalidad inconfundible, de talento excepcional, que un día, siendo muy niña aún, llegó a España de Cienfuegos (Cuba), la tierra hermana donde nació.

A los quince años de edad empezaron a manifestarse en ella las dotes de gran artista que llevaba dentro como prenda innata y privilegio del cielo.

Ingresó fácilmente en la compañía de la inmortal María Guerrero, quien quedó asombrada al oírle recitar un monólogo, y al poco tiempo

ya era primera dama joven de la compañía que el ilustre matrimonio dirigía en el teatro de la Princesa.

Después de incontables triunfos, pasó a Lara, donde se consagró con una interpretación incomparable de "La rima eterna".

Después estuvo en Eslava, ya como primera figura de una notable compañía y allí fué donde realizó, de un modo más regular y continuo, sus más brillantes campañas.

España entera, América, Francia, han gozado largamente del regalo incomparable que el arte de Catalina Bárcena representa.

Esto constituye una de las principales demostraciones de que en el alma de esta gran actriz llamea el fuego sagrado del genio. ¡Qué po-

cos artistas logran mantener sus triunfos más allá de las fronteras de su país! Sólo los de excepcionales cualidades, como una Duse, una María Guerrero, un Zaconi, han podido pasar de un país a otro sin caer de su glorioso pedestal. Pues bien, Catalina Bárcena es tan admirada en París como en cualquier población española. Su debut levantó el entusiasmo del público, y la crítica, con rara unanimidad, le tributó los más calurosos elogios. En cuanto a las poblaciones americanas, consideran a Catalina Bárcena como algo propio y muy querido a fuerza de ser admirado.

Cuando el cine sonoro dió a la pantalla nuevos valores, las grandes compañías norteamericanas se dirigieron a Catalina Bárcena en demanda de su colaboración.

Ella aceptó y hubo un movimiento de expectación en sus admiradores de ambos continentes. ¿Sería Catalina Bárcena la misma en la pantalla que en la escena? El film de su debut era "Mamá" — otra obra de Martínez Sierra — y cuando se fué proyectando por el mundo, las legiones de admiradores iban respirando satisfechas. Sí, era la misma. El estreno de "Primavera

en Otoño" confirmó esta opinión, y ahora, con "Una viuda romántica", nos da una nueva y definitiva prueba de que la gran estrella de la escena es la misma gran estrella en la pantalla.

Cuando el talento y la sensibilidad es algo tan natural y espontáneo, tan arraigado y profundo, tan verdad como es en Catalina Bárcena, un artista puede someterse a toda clase de pruebas sin temor a que en ellas se pierda un solo átomo de sus facultades.

"Una viuda romántica" es un hermoso film deliciosamente interpretado. Y he aquí cómo, sin darnos cuenta, hemos llegado al calificativo que mejor define a Catalina Bárcena, más joven que nunca, y a su arte: delicioso.

En perfecta compenetración artística con esta actriz subyugadora, se nos ha presentado siempre Gregorio Martínez Sierra.

A los 17 años de edad, ya había publicado el glorioso escritor "El poema del trabajo", su primer libro y su primer éxito.

Muy pronto se sintió tentado por el teatro y escribió su comedia "Mamá", pero ciertas contrariedades e injusticias le movieron a alejarse

de la escena para dedicarse a la literatura periodística. Los bellísimos trabajos que con su firma publicaban las revistas de aquel tiempo dieron al nombre de Martínez Sierra relieve de primera figura. Escribió también algunas novelas magníficas, y volvió al teatro como traductor de las obras de Rusiñol.

Allanado el camino que en otro tiempo se le mostrara erizado de obstáculos, escribió y estrenó la comedia "La sombra del padre". Un éxito ruidoso, del que había muy pocos precedentes, sirvió para demostrar que Martínez Sierra era un comediógrafo de los que sobreviven a su existencia humana.

El presagio se confirmó muy pronto con el estreno de esas obras maestras que son "El ama de la casa" y "Canción de cuna". Desde entonces la pluma fecunda del gran

escritor laboró sin tregua y, obra a obra, fué enriqueciendo el noble arte del teatro y alzando su nombre hacia las cumbres de la inmortalidad.

Martínez Sierra tiene una personalidad bien definida e inimitable. En todas sus obras palpita una delicadeza penetrante, un suave sentimentalismo que va envolviéndonos y encadenándonos poco a poco hasta hacernos sus felices víctimas.

"Una viuda romántica" es un film basado en la obra teatral de este glorioso autor, "El sueño de una noche de agosto".

Y, como todo lo que escribe Martínez Sierra e interpreta Catalina Bárcena, deja en nuestra memoria y en nuestro espíritu un recuerdo y una impresión que no se han de borrar nunca.

Handwritten text, possibly a title or header, centered at the top of the page.

Main body of handwritten text, consisting of several paragraphs. The script is cursive and somewhat faded, typical of older documents. The text appears to be a letter or a formal communication, with some lines starting with capital letters.

Una viuda romántica

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Una voz de mujer surgía del altavoz de la radio.

“Queda dicho de una vez para siempre que la mujer tiene derecho a todos los derechos. Es preciso que las mujeres gobernemos el mundo a medias con los hombres, ya que a medias lo poblamos. Por lo tanto, compañeras valerosas, ¡a la lucha! Tenemos, además de todos los derechos usuales y ordinarios, el extraordinario, especial y accidental de elegir el arma de combate que juzguemos más eficaz,

desde el método que creamos más expeditivo, desde la formidable organización en clubs, al de arrojar tomates en el parlamento de las sufragistas inglesas, desde el asalto a las universidades, a la huelga de amar.”

—¿Cuál sería el medio más expeditivo para asesinar a esa charlatana?—exclamó Pepe.

—A los hombres os duelen las verdades —repuso Rosario con una sonrisita burlona.

Estaban en el despacho de la ca-

sa. Rosario era una encantadora viudita, muy joven aun, que vivía con sus tres hermanos, su abuela y una vieja criada que los había visto nacer a todos.

La riqueza del mobiliario y la decoración dejaba entrever que en aquella casa vivía una familia acomodada.

Mientras Rosario escuchaba la radio, Pepe revolvía papeles en la mesa de escritorio.

Al no encontrar lo que buscaba desahogó su discurso contra la conferenciante de la radio.

—No son las verdades lo que me molestan — dijo después Pepe en respuesta al comentario de su hermana—. Es el ruido.

Y añadió furioso:

—¿Es que no hay papel en esta casa?

—¿De escribir?

—Sí.

—Pues claro que hay.

—¡Pues no lo encuentro!

—No revuelvas más, que se va a enfadar Mario.

—¿Es que Mario tiene la exclusiva del único despacho que hay en la casa?

—Sí, porque es el único que escribe en él.

—¿Qué voy a hacer yo?

—Escribir a la novia no es escribir.

Y acercándose a la mesa de escritorio, halló fácilmente todo lo necesario para escribir.

—Toma: papel, sobre, pluma, secante... ¿Quieres que te dicte la carta?

—Gracias. No hace falta.

—¡Menos mal!

Se oyó una voz procedente de otra habitación de la casa:

—¿Rosario!

—¡Voy, Emilio!

Y la viudita se marchó preguntándose:

—¿Qué querrá éste ahora?

Emilio era otro de los hermanos de Rosario. Cuando la viudita llegó a su habitación, Emilio, que se estaba acicalando, refunfuñó:

—Supongo que me habrás oído llamar hace un ratito.

—Es que Pepe también me necesitaba.

—¡Claro! ¡Y como que Pepe es el niño de la casa, se le atiende antes que a nadie!

Rosario no hizo el más mínimo caso de esta muestra de celos fraternales y procedió a hacer el nudo de la corbata a Emilio, advirtiéndolo

que era aquello lo que quería de ella, como tantas otras veces.

—Mucho te compones tú esta noche. ¿Adónde vas?

—¡Ah!

—¿Misterio?

—¡Psh! ¡Tanto como misterio!

—Oye, ¿no puedo ir yo?

—¡Qué disparate!

—¿Por qué? ¿No van mujeres?

—Mujeres sí, pero tú no eres una mujer.

—Claro. Soy una cosa. Una cosa que hay en casa para encontrar el papel de escribir y...

En este momento entró Mario, el hermano mayor y comenzó a ir de un lado a otro muy preocupado con la busca de algo que no encontraba.

—Pero ¿no había por aquí un cepillo? — preguntó interrumpiendo a Rosario.

Y ella terminó:

—...y para buscar los cepillos perdidos.

En seguida encontró el cepillo y se lo entregó a Mario.

—Pero ¿qué más quieres, criatura — repuso Emilio —, que tres hermanos como nosotros?

—¡Ya, ya!

—¿Aun te quejas? — inquirió

Mario.

—¡Claro que me quejo! Yo no quiero ser la hermana de nadie. Quiero ser yo. ¿Qué va a ser de mí cuando a vosotros se os cumplan las esperanzas?

—Pues te volverás a casar.

—¿Otra vez? No, gracias. Ya estoy escarmentada.

—¡Qué sabes tú del matrimonio! — exclamó Mario —. No has estado casada ni siquiera un año.

—Y además — añadió Emilio —, con un maridito que...

—¡Bueno, basta! ¡Tiene gracia! ¡Atreveros a intervenirme la vida!

Se oyó la voz de Pepe, que gritaba al otro lado de la casa:

—¡Rosario!

—¡Quéjate! — le reprochó Emilio —. ¿Qué sería de ti sin la ayuda de nuestra experiencia?

Pero Rosario no tuvo tiempo de contestar. Acudió a la llamada de Pepe.

—¿Qué te pasa, hombre?

—¿Dónde hay sellos?

Se los entregó la viudita, al mismo tiempo que preguntaba irónicamente:

—Supongo que no habrás puesto amor con hache...

—¡Qué graciosa!

—¡Ay, qué ganas tengo de que os caséis!

—Ella también — repuso Pepe.

Volvió a llamar Emilio, esta vez desde el *hall*.

—¡Rosario! ¡Rosarioooo!

—¡Voy, hombre, voy!

Y tuvo que correr al *hall*.

—¿Qué quieres tú ahora?

—¿Sabes dónde está mi bufanda?

—¿Se te ha perdido otra vez?— preguntó Rosario empezando a buscarla.

—¡Claro! ¡En esta casa ya se sabe!

—¿Qué es lo que se sabe en esta casa? — inquirió Rosario, cuya vista acababa de tropezar con la bufanda de Emilio.

—Que no se encuentra nunca nada.

—Cuando no se sabe buscar, desde luego. Aquí la tienes, torpe.

Y se la sacó del bolsillo del gabán.

II

Doña Barbarita, una viejecita simpática e inteligente que conservaba toda la agilidad mental de sus buenos tiempos, bordaba en el salón, cuando entró Rosario seguida de Emilio.

Se apresuró a esconder la labor, pero no logró hacerlo antes de que Rosario la descubriera.

—¿No te he dicho que no bordes de noche?—le reprendió la nieta dulcemente.

—¿Bordando yo?

—Vamos, no te hagas la tonta. Hasta he tenido tiempo de fijarme en el motivo: un pájaro azul con una carta en el pico. El primer correo aéreo.

Entró Emilio, sólo para despedirse.

—Buenas noches, abuela.

—Adiós, hijo. Y que no vengas a las mil y quinientas. Estoy despierta y te oigo entrar.

—Entraré de puntillas y todo arreglado—repuso Emilio alegremente.

—El caso es no venir temprano de ninguna manera—reprochó Rosario.

Apareció Pepe, también arreglado para marcharse, y detuvo a Emilio al ver que se marchaba.

—Oye, ¿me dejas en el círculo?

—Si te das prisa sí.

—Andando... Adiós, abuela.

—Hasta mañana.

Salieron Emilio y Pepe. Comentó doña Barbarita:

—Me parece a mí que el niño va sacando también un poco los pies de las alforjas.

Mario, que era el único de los hermanos que quedaba en casa, se presentó también con el evidente propósito de despedirse.

—Tú te quedas hoy en casita, ¿verdad? — preguntó Rosario en broma.

—¡Ojalá! De buena gana me quedaría a trabajar.

—¿Quién te lo impide?

—El cumplimiento del deber.

—¡Vaya por Dios!

—Igual que el soldado en el campo del honor, el escritor debe morir en la tertulia del café.

—¿Morir nada menos?

—Quiero decir quedarse hasta que cierren.

Se despidió de su hermana y de su abuela y se marchó.

Rosario se asomó al balconcillo para darle el último adiós. El balconcillo quedaba a cosa de metro y medio sobre la acera. Después de verlos marchar, Rosario exclamó:

—¡Me da una envidia verlos marcharse! Los tres se van... y tú

y yo nos quedamos... ¡qué noche, abuela!... Y tener que pasarla aquí al lado de la chimenea... ¡con lo tranquila que está para echarse a vagar sin rumbo!

—Y para pescar un catarro — repuso doña Barbarita, que, a causa de su edad, siempre tenía frío.

—¡Quiá! Hace una noche muy rara... ¡casi calor!

—Tormenta segura. ¡Cierra!

Rosario cerró y volvió al lado de doña Barbarita. Hubo una pausa que rompió la viudita:

—Abuela, si yo te dijese que desearía tener un llavín, lo mismo que cualquiera de mis hermanos y usarle para entrar y salir libremente como ellos, sin darle cuenta a nadie, a cualquier hora del día o de la noche... ¿qué te parecería?

—Me parecería un capricho perfectamente natural.

—¿Y me lo darías?

—¿Por qué no? ¿Dónde vas a ir?

Rosario tuvo una sonrisa de desencanto.

—Es verdad. ¿Dónde voy a ir? ¿Dónde va a estas horas una mujer sola y decente sin temor a que crean que no lo es? ¡Ay! Les envidio a los hombres la fe, la confianza que

tienen en sí mismos, la libertad...

Una carcajada de doña Barbarita interrumpió a Rosario, que replicó:

—Tú te ríes porque eres de otro siglo y en vuestro tiempo os gustaba ser esclavas de los hombres.

—Hija, la esclavitud no le ha gustado nunca nada más que al amo. Lo que hay es que vosotras os queréis librar de la tiranía y nosotras nos conformábamos con vengarnos del tirano.

—¿Cómo?

—Haciéndole la vida insoportable. Mirar mis tres maridos... ¡mi Enrique, mi Ernesto, mi Pepe! ¡Lo que me han adorado! ¡Lo que les he querido!

—¿A los tres?

—Uno a uno. ¡Y lo que les he hecho rabiar a todos!

En este momento apareció en el umbral María Pepa, la criada que había envejecido en la casa y que, más que como doméstica, se la consideraba como de la familia, hasta el punto de que los tuteaba a todos, incluso a doña Barbarita.

Rosario la advirtió:

—¡Abuela!

Y doña Barbarita calló y dirigió a María Pepa una mirada de censura.

—¿Qué hacías? Como de costumbre, escuchando detrás de la puerta, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Como si no me supiera de memoria la historia de tus tres maridos!

—Bueno, ¿qué quieres?

—Que van a dar las once.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que tienes que rezar el rosario, que arreglarte el pelo, que preparar las lamparillas para los difuntos y mañana hay que ir a las misas de tu Enrique...

—Bueno, bueno. Ya voy—y añadió dirigiéndose a Rosario—: Que no te estés leyendo hasta las mil...

—No. Buenas noches, abuela.

—Que no se te olvide apagar la luz—recomendó María Pepa.

—No, no. Paedes irte tranquila.

Se marcharon doña Barbarita y María Pepa y Rosario quedó sola. Era su hora, su hora de lectura.

III

Había apagado la luz de la lámpara central y encendido la de una lámpara de pie que había junto a la *chaise-longue*.

La pantalla roja concentraba la luz en un pequeño círculo, dejando el resto del salón a oscuras. Sólo los objetos que estaban cerca de la lámpara recibían un resplandor vago, tenue y rojizo.

Sentada en la *chaise-longue*, Rosario leía un libro. Era una novela de Luis Felipe de Córdoba, su autor favorito.

"Puede en una vida haber varios fantasmas y apariencias de amor, pero el alma gemela no es más que una y..."

De pronto, una ráfaga de viento

abrió el balcón y cuando Rosario se levantaba para cerrarle, vió que algo negro entraba volando en el salón y rodaba por el suelo.

Lo cogió, lo examinó.

—¿Qué significa esto?

Y no había terminado de hacerse esta pregunta, cuando una forma humana saltó la baranda del balconcillo de fuera adentro.

Rosario comenzó a gritar:

—¡Ay, Jesús! ¡Ave María! ¡Virgen del Carmen! ¡Ánimas benditas del Purgatorio!

La forma humana, que era un caballero, suplicó:

—¡No se asuste usted! ¡Por favor, no se asuste!

Pero Rosario siguió gritando:

—¡Socorro!...

—¡No grite usted, por el amor de Dios!—imploró el caballero—. No soy un ladrón, no soy un asesino, soy... soy una persona decente.

—Sí, sí... pero salga usted de aquí.

—Encienda usted la luz y verá como no tengo cara de comerme a nadie. Haga usted el favor. No me mueva.

Encendió Rosario la luz de la lámpara central y pudo advertir que, en efecto, no se trataba de un vulgar ladrón, sino de un hombre joven, simpático, arrogante y elegantemente vestido.

El rápido examen le hizo recobrar la confianza perdida.

—Y ahora —dijo—explíqueme usted como siendo, según usted dice, persona decente, se ha atrevido a entrar de este modo en una casa extraña.

—El viento me arrebató el sombrero y yo, sencillamente, he entrado a buscarlo...

—¿De modo que, por recobrar un miserable sombrero, salta usted a estas horas por un balcón como un bandido?

—La habitación estaba a oscuras y en silencio. Creí que no ha-

bía nadie. No quería más que recoger el sombrero y seguir mi camino... ¡Si usted no hubiese gritado inoportunamente!

—¿Qué?

—Me hubiese retirado como entré, sin ruido, sin molestia para nadie...

Un poco ofendida por aquel tono indiferente, Rosario contestó:

—Está bien, está bien... No habremos más. Y ahora que ha recobrado usted ese precioso objeto, haga el favor de marcharse inmediatamente por donde ha venido.

—¿Por donde he venido?

Se acercó al balconcillo, miró a la calle y volvió al centro del salón, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Imposible!

—¿Cómo?

—El sereno está abriendo la puerta de enfrente, y, si me ve saltar, o me detendrá creyendo que soy un ladrón, o me dejará escapar suponiendo que..., usted perdona, que es usted mi cómplice, con lo cual quedará usted horriblemente comprometida.

Rosario sonrió amargamente.

—Es verdad. No recordaba que tengo la desdicha de haber nacido

mujer. Si usted salta por mi balcón y el mundo se figura que usted salta con mi consentimiento, su fama de usted no va perdiendo nada en la opinión. En cambio, la mía...

—¡Claro!

—¡Ah! ¿Le parece a usted justo?

—Por lo visto, usted desearía saltar con tanta impunidad como un hombre.

—No, señor. Yo deseo que el hombre que salta por un balcón, en una sociedad bien organizada, quede tan deshonrado y tan comprometido como la mujer que se queda dentro. Derechos iguales, deberes iguales...

—Veo que es usted una mujer moderna.

—Naturalmente.

—Entonces, ¿cómo tiene usted calma para leer ese libro?... "Ilusión de Mayo".

El caballero señalaba la novela que Rosario había dejado en la *chaise-longue*.

—¡Ah! ¿Le conoce usted?—preguntó la viudita.

—Sí.

—¿Y no le gusta?

—¡Ps! Como literatura no está mal del todo.

—¿Cómo que no está mal? Está admirablemente.

—Es posible. Pero no tiene sentido común.

—¡Caballero!

—La heroína es una pobre imbécil que... ¿Puedo sentarme?

—¡Siéntese usted!

El caballero se sentó.

—Gracias. Decíamos que la heroína es una pobre imbécil...

—Lo decía usted.

—...que se traga como artículo de fe todas las mentiras que le cuenta un joven tan tonto como ella, a la luz de la luna, aquella divina noche de amor en góndola.

—...por los estrechos canales de Venecia—terminó Rosario sonriente.

—¡Ay!... Con lo mal que huelen los estrechos canales en la divina noche.

—¡Es usted un ser prosaico y vulgar! El hombre que ha escrito este libro, para que usted lo sepa, es un espíritu elegido... todas las mujeres de corazón le debemos eterno agradecimiento... ¡Ay, si yo algún día pudiera decirle todo lo que lo admiro!

—Si tanto le interesa a usted, yo podría...

—¡Usted! ¿Es usted amigo suyo?

—Amigo... no es precisamente la palabra exacta... Pero tengo con él confianza bastante para poder escribirle una carta de presentación.

—¡Ay, sí, sí! Es decir, si a usted no le molesta.

—Nada, absolutamente... ¿Tiene usted papel?

—Voy a buscar.

Ya se marchaba Rosario, pero el caballero la detuvo.

—No, no, no. Una tarjeta, ¿no es lo mismo?

—Sí, claro.

Sacó el caballero una tarjeta y comenzó a escribir en el reverso, mientras decía en voz alta:

“Mi querido amigo. Tengo el gusto de presentarle a la señorita...”

—Señora—le interrumpió Rosario,

—Señora, ¿sola?

—Viuda.

—¡Ah! ¡Menos mal!

—¿Qué dice usted?

—No, no, nada. ¿Cómo se llama usted?

—Rosario Castellanos... ¿Qué le va usted a decir?

—Lo que usted prefiera.

—Es que me da reparo. No es por mí, sino por él... Se puede figurar...

—¡Figurarse! ¿Ese hombre sublime que conoce de tal modo el corazón de la mujer?

Rosario replicó:

—¡Bueno, basta! Consiento que se burle usted de mí, pero de él, no.

—¡Qué apasionamiento! No sabe el muy... afortunado la suerte que tiene. ¡Ya está!

Entregó la tarjeta a Rosario y ella, al leerla, lanzó una exclamación de asombro:

—¿Qué le dice usted aquí?

—Sé que su secretaria deja la plaza vacante... Yo escribo esta tarjeta y usted se presenta con el pretexto de solicitarla.

—¡Cómo con el pretexto! Iré a solicitarla de verdad.

—¿Usted?

—¿Cree usted que no sirvo?

—¡Oh, no es eso! Es que me figuré, a juzgar por el medio en que usted vive, que no necesitaba...

—¿Ganarme la vida? Es verdad, no lo necesito. Pero quiero trabajar, quiero ganarme el pan que como... ¡Estoy cansada de ser un parásito!

- Es usted una mujer admirable.
 —¡Ah, y muchas gracias por la tarjeta!
 —Me encanta poder servirle.
 Rosario volvió la tarjeta y leyó el nombre del caballero.
 —¿De modo que se llama usted Prudencio?
 —Sí, señora. Prudencio González. Prosaico, ¿verdad?
 —¿Por qué ha de ser prosaico?
 —No todos tenemos la suerte de llamarnos como su héroe... Luis Felipe de Córdoba. En fin...
 —Muchas gracias.
 —Celebraré haber contribuido a redimir de su esclavitud a una mujer encantadora.
 De pronto se oyó en el *hall* rumor de voces. Era que Pepe y Emilio regresaban.

IV

- Rosario quedó sobrecogida. El caballero iba a decir algo, pero ella lo detuvo, diciéndole en voz baja:
 —¡Calle usted, por Dios!
 —¿Qué pasa?
 —¡Silencio! ¡Mis hermanos!...
 ¡Ay, Dios mío! ¡Váyase usted!... ¡Pronto!
 —¡Pero...
 —¡Váyase, váyase!
 Corrió hacia la puerta para cerrarla y después desapareció por otra, con el fin de ocultarse. Real-

mente, estaba tan azorada, que no se daba cuenta de lo que hacía ni para qué lo hacía.

El caballero, advirtiendo que Rosario, en sus carreras de un lado a otro del salón, había perdido una zapatilla, volvió atrás para recogerla y hacer desaparecer aquel objeto que podía haber infundido sospechas a sus hermanos.

En cambio, se le olvidó recoger su sombrero, y, lo que fué peor aún, no tuvo tiempo de desaparecer completamente antes de que Pepe y Emilio entraran en el salón.

Los dos pudieron ver una forma humana, a través de los hierros del balconcillo, en el momento de descollarse, y los dos quedaron igualmente asombrados.

—¿Qué es eso?—preguntó Pepe.

—¡Un hombre!—exclamó Emilio.

Los dos corrieron al balconcillo y se asomaron.

Pero no pudieron ver al caballero, que esta vez sí que había tenido tiempo de esconderse.

—¿Dónde se habrá metido?

—¿Tú lo ves?

—Si lo viera no te lo preguntaría.

—¡Qué raro!

En este momento apareció Rosario, dispuesta a llevar hasta el fin su disimulo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué daís esos gritos?

—¡Un hombre! — repuso Emilio escuetamente.

Y Pepe, que miraba recelosamente a su hermana, aclaró:

—Estaba aquí.

—¿Aquí? — repuso Rosario fingiendo una gran extrañeza.

—Sí, aquí—dijo Emilio en tono acusador.

—¡Imposible!

—¿Por qué imposible?

—¿Por dónde iba a entrar?

Y Pepe repuso:

—Por donde ha salido: por el balcón.

Rosario hizo un esfuerzo para sonreír.

—No puede ser. Lo habréis soñado. Como vendréis alegres...

—¿Nosotros? — replicó Emilio como ofendido.

—Como no se nos haya subido el café a la cabeza—corroboró Pepe haciéndose el santo.

Y ante la sonrisa de incredulidad de Rosario, Emilio preguntó:

—¿Tú no lo has visto, Pepe?

—Como te estoy viendo a ti.

Doña Barbarita, que se había levantado al oír las voces de Emilio y Pepe, apareció acompañada de María Pepa, y preguntó:

—¿De quién habláis? ¿Qué pasa?

—Que acabamos de ver a un hombre huir por ese balcón—repuso Pepe con tono solemne y acusador.

—Pero no estamos seguros—dijo Rosario.

Emilio protestó:

—No lo estarás tú.

Y cogiendo el sombrero de copa que se había dejado el caballero, se lo mostró acusadoramente.

—¡Mira!

—¡Un sombrero!—exclamó Rosario estúpidamente.

—Sí, un sombrero—dijo Pepe, acabando de descomponerla con su mirada y con su tono—. Conque veníamos alegres, ¿eh?

Y Emilio volvió a mostrarle el cuerpo del delito:

—Di, ¿qué significa esto?

—Pues significa — repuso Rosario, cada vez más nerviosa y arrebatando el sombrero a su hermano—, que aquí no queremos chismes de nadie.

Y lo arrojó por la ventana.

—¿Qué haces?—preguntó Emilio.

—Devolvérselo a su dueño—repuso Rosario, tratando de engañarles con la verdad.

Inmediatamente, siguiendo el camino contrario al sombrero, entró en el salón una zapatilla.

Pepe y Emilio se abalanzaron sobre ella.

—¡Una zapatilla!

—¡La zapatilla de Rosario!

Doña Barbarita, dándose cuenta sin duda de que la situación de Rosario no tenía defensa, había resuelto no intervenir para nada y permanecía en una actitud de mera espectadora.

—¿Cómo tiene ese hombre tu zapatilla?—preguntó Pepe a Rosario.

—¡Yo qué sé!

—¿Cómo que no sabes?

—¡Explicate!—ordenó Emilio.

—¡Has de confesar!—exclamó Pepe.

—Pero— repuso Rosario debatiéndose azorada—. Sí, en efecto, es mi zapatilla, pero...

—¡Vamos!

—¡Habla!

—Pues mi zapatilla... estaba... digo... bueno, la zapatilla que...

Y viendo que no había medio de explicar lo inexplicable, se desmayó.

—¡Se ha desmayado!—exclamó María Pepa.

Y doña Barbarita dijo:

—Creí que no se le ocurría.

Aun trataron Pepe y Emilio de

arrancarle la confesión que ella no podía hacerles.

—¡No te desmayes! — gritaba uno de los hermanos.

—¡No hagas pamemas! — vociferaba el otro.

Y entonces fué cuando intervino doña Barbarita.

—¡Apartaos! ¡Dejadla! Toda mujer que juzga prudente desmayarse es sagrada. ¡Dejadla en paz!

V

Guillermo, el criado de Luis Felipe de Córdoba, hablaba por teléfono.

—Sí, señorita: sé quién es usted. No, el señor no está... Pues verá, ha salido para Singapur... De nada, señorita. A sus órdenes.

Colgó el auricular.

Don Juan, el íntimo amigo del novelista, estaba allí esperándolo. Se echó a reír al oír la disculpa telefónica del criado.

—¿Es la Estrella Polar, esa bailarina sudamericana?

—No, señor—repuso Guillermo

—Para la Estrella Polar está en el Canadá desde el miércoles.

—Pues va a tardar mucho en volver el insigne novelista.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Y Guillermo se excusó:

—Permitame...

—Sí, vaya, vaya.

Fué a abrir. Era Rosario.

—¿El señor Córdoba?

Guillermo advirtió que mujeres como aquella no acostumbraban visitar la casa. Y decidió dar a la visitante un trato distinto.

—Aquí vive, señorita. Pase usted.

Entró Rosario, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Sabe usted si está ocupada ya la plaza?

—¿Qué plaza?

—La plaza de secretaria del señor Córdoba.

—El señor Córdoba no tiene secretaria.

—¡Ah! Sin duda por eso...

Y con el pensamiento terminó la frase. Sin duda por eso la había recomendado el señor González.

La condujo el criado al recibimiento.

Al ver Rosario a don Juan, preguntó al criado:

—¿Es este señor?

—No, señora. El señor Córdoba ha salido.

—¡Ah, creía!

—El señor es...

—Juan Medina, crítico literario —dijo el propio don Juan.

—Mucho gusto...

Y Rosario se creyó en el caso de explicar el motivo de su visita.

—Pues yo... es que... traía una tarjeta de recomendación.

Se la entregó a don Juan y éste la leyó detenidamente por ambos lados.

—¿Quién le ha dado esta tarjeta?—preguntó.

—Un amigo. Ese mismo señor de la tarjeta.

—Pero... ¿a usted misma?

—Sí, señor.

—¿De modo que usted... conoce personalmente a don Prudencio González?

—Naturalmente. Me dijo que tenía amistad con el señor Córdoba.

—¡Y tanto! Pero tenga la bondad de pasar. Venga usted al despacho. Allí estará mejor.

A Rosario no la inspiraba la menor desconfianza aquel hombre de edad madura y se dejó conducir por él al despacho del novelista.

—Siento no poder hacerle compañía hasta que llegue —declaró don Juan—. He de marcharme. Ya tendré ocasión de saludarla, si se queda usted aquí.

—¿Cree usted que tengo alguna probabilidad?

—Con esa recomendación, estoy casi seguro de que la plaza es para usted.

Y llamó a Guillermo para decirle:

—Esta señorita se quedará aquí esperando. Trátala como si fuera de la casa.

—Está bien, señor.

Y don Juan se inclinó respetuosamente ante Rosario.

—A los pies de usted.

—Muchas gracias por todo.

Apenas se hubo marchado don Juan sonó el timbre del teléfono.

Guillermo acudió a la llamada y Rosario le oyó balbucear:

—Sí, sí... Diga... No, no ha venido todavía... Muy bien... De nada...

Colgó el auricular. Rosario no pudo reprimir su curiosidad.

—Alguna mujer, ¿verdad? — preguntó a Guillermo.

—Sí, señorita.

—Tendrá usted que contestar a infinitas llamadas como esta.

—No lo sabe usted bien.

—Se ve que el señor Córdoba está muy solicitado.

—Y es que hay algunas tan pesadas...

—Pero ya debe de estar usted acostumbrado a dar excusas.

—Tengo una fórmula que es aplicable a todas. O digo que ha salido o que se ha marchado de viaje.

Hubo una pausa. Rosario preguntó:

—Oiga usted... ¿está casado?

—Gracias a Dios, no, señorita.

—¿Aquí trabaja? ¡Ay, qué cuarto tan simpático!

Y se quedó mirando una pecera que había sobre la mesa. En ella

evolucionaban varios peces de colores.

Exclamó entusiasmada:

—¡Ay, qué bonitos!

—¿Le llaman la atención a la señorita los peces? El señor los tiene aquí en el despacho siempre que trabaja, porque dice que el trajín de los animalitos le ayuda a entregar a los enamorados que pone en las novelas... ¡Cosas del arte y de la inspiración! Como no bebe... La señorita me dispensará que la deje sola un momento... Tengo que...

—Está bien. Vaya usted.

Era que el criado había oído llegar a su amo y fué a su encuentro para anunciarle que le esperaba una señorita.

—¿Una señorita? ¿Cómo es?

Guillermo la describió brevemente. Esto bastó para que el novelista se apresurara a trasladarse al despacho.

—¿Le interesan a usted los peces de colores? — preguntó desde el umbral.

Rosario se volvió sobresaltada y una exclamación de extrañeza se escapó de sus labios:

—¿Eh?

Había reconocido en el recién llegado al caballero que en tan ex-

trañas circunstancias conociera la noche anterior, es decir, a don Prudencio González.

¿Por qué estaba allí? ¿La habría seguido? ¿Se habría propuesto amargarle la existencia aquel hombre audaz?

—¿Cómo se atreve usted a presentarse delante de mí, después de haberme comprometido anoche!

—¿Yo a usted?

—¿De un modo horrible! ¿A quién se le ocurre tirarme la zapatilla por la ventana?

—¿Como usted me tiró a mí el sombrero!

—No se figurará usted que a una mujer como es debido la puede halagar una persecución...

—¿Persecución?

—¿Atrévase usted a decir que no ha venido hoy a esta casa sabiendo o suponiendo que yo estaba en ella!

—No, realmente no lo puedo negar... Me atreví a esperarlo... a desearlo. ¿Se ofende usted? ¡Mal hecho! ¿Qué hubiera usted pensado de mí si no hubiera conservado de nuestra aventura un recuerdo siquiera sentimental?

—¿Sentimental? Caballero, le

suplico a usted que no siga por ese camino...

—¡Ay, qué desagradecidas son las mujeres!

—¿Yo qué le tengo que agradecer a usted?

—La emoción de anoche.

—¿Cómo se atreve usted! ¡Salga usted de aquí!

Y viendo que el criado pasaba por la puerta en aquel momento, le llamó;

—¡Abra usted la puerta a este caballero y hágale usted salir inmediatamente!

Pero el criado se quedó clavado en el suelo, mirando con estupefacción, ya a su amo, ya a la visitante.

Insistió Rosario:

—¿No me oye usted?

Felipe sonrió:

—Ya ve usted... No se atreve, porque teme que si él me hace salir a mí, le ponga yo a él de patitas en la calle.

Un relámpago de comprensión pasó por la mente de Rosario.

—¿Usted a él? Entonces... usted... ¿Quién es usted?

Felipe preguntó a su criado:

—Guillermo, ¿quién soy yo?

—El señor me pregunta a mí

quién es el señor. ¿Quién va a ser el señor? ¡El señor!

—Es decir, el... el...

—El humilde autor de "Ilusión de Mayo".

Rosario estaba como quien ve visiones.

—¡Usted!

—Perdóneme usted... ¿Le duele encontrar en mi humilde persona el admirado desconocido?

—¿Por qué me dijo usted anoche que se llamaba usted...?

—¿Prudencio? ¡Ay! Porque desgraciadamente ese es mi nombre.

—Entonces... ¿Luis Felipe de Córdoba es una impostura?

—No, no tanto. Es un seudónimo. ¿Cómo quiere que un autor de novelas románticas se llame Prudencio... y González por añadidura?

—Pero de todos modos podría usted haber dicho que es quien es...

—No me atreví. No pude soportar la idea de que se desilusionase usted en mi presencia. Sea usted generosa. Dígame usted que me perdona.

—¿Esta burla?

—Este juego inocente.

Y cuando la conversación llegaba a este interesante punto, sonó el timbre del teléfono, interrumpiéndoles.

VI

—¿Me permite un momento a ver quién es?

—Desde luego.

Luis Felipe se dirigió al aparato y apenas se aplicó el auricular al oído oyó la voz de la Estrella Polar.

—¡Hola, rico! ¿Ya has regresado de Singapur? ¡Toda la mañana llamando! ¿Dónde te has metido?

—He estado trabajando.

—¡Dices mío, qué trabajador te has vuelto!

—Te aseguro...

—Pero eso no me importa. Lo que me importa es decirte que te invito a que me invites a comer.

—¡Original invitación!

—¿Aceptas?

—Me es absolutamente imposible.

—No te pongas pesado.

—¡De ningún modo! Y perdona. Luego te llamaré.

—¿Para qué luego? Hablemos ahora.

—No puede ser, no puede ser. Hasta luego,

Y Luis Felipe colgó el auricular, con la consiguiente rabieta de la Estrella Polar, y se enjugó el sudor de la frente.

—¡Es terrible tener que lidiar con la impaciencia de los editores!

Rosario tuvo una sonrisita burlesca.

—¡Ya, ya!

—Y ahora, vámonos.

—¿Que nos vayamos?—preguntó la viudita extrañada.

—Sí, antes de que vuelva a llamar.

—Querrá usted decir que se va.

—No: que nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos?

—¿No es usted mi secretaria?

—¿Yo?—exclamó Rosario cada vez más desconcertada.

—¿No ha venido usted a esta casa con una tarjeta de recomendación?

—En efecto.

—Pues queda usted admitida... Haga el favor de acompañarme.

—He venido para solicitar un puesto de secretaria, pero nada más.

—Es que la principal misión de mi secretaria es acompañarme a comer.

—¿Qué raro!...

—¿Raro? Un novelista para mujeres ha de contra tar sus ideas con mujeres antes de llevarlas al papel.

—Pero es que no está bien que yo almuerce por ahí con usted... en un sitio público.

—¿Por qué no? Usted es una mujer moderna, ¿no es eso?

—Hasta cierto punto.

—¿Se desdico?

—No, no. No me desdigo nunca.

—Entonces venga conmigo. Vamos a un sitio público, porque en los sitios públicos es donde una mujer corre menos peligro y demuestra sus buenas intenciones. Lo malo es que una mujer se vea con un hombre en un lugar secreto.

—Me ha convencido usted. Vamos.

—Celebro que haya entrado usted en razón.

Entraron en un restaurante, pero no pasaron del vestíbulo.

Allí vió Rosario a sus hermanos y exclamó sobrecogida:

—Vámonos. No puedo entrar aquí.

—¿Por qué?

—Luego se lo explicaré. Ahora vámonos.

Subieron al auto de Luis Felipe, que habían dejado a la puerta, y el coche arrancó.

—¿No me pregunta usted por qué no he podido quedarme? —preguntó Rosario ante el silencio del novelista.

—Lo supongo. ¿Para qué he de preguntar?

—¿Qué es lo que supone?

—Que habrá en el restaurante alguna persona de quien tema ser

vista en compañía de un hombre.
¿No es eso?

—Eso es.

—¿Y se asusta usted por tan poca cosa? ¿Usted que defiende con tanta bravura la libertad de la mujer?

—La defiende precisamente porque nos está vedada.

Preguntó el chofer adónde iban. Luis Felipe contestó:

—Al aeródromo, que está lejos.

—¿Por qué al aeródromo? —preguntó Rosario.

—Allí hay un restaurante donde podremos estar tranquilos. Va poca gente y no es probable que se encuentre usted con personas conocidas.

Pero cuando llegaron al restau-

rante del aeródromo, fué Luis Felipe el que no se atrevió a entrar.

—¿Vámonos! No entremos aquí.

—¿Por qué?

—Luego se lo diré. Ahora vámonos.

Volvieron al auto.

—¿Adónde?—preguntó el chofer.

—A cualquier sitio donde podamos estar solos—repuso el novelista.

Y dirigiéndose a Rosario cuando el auto arrancó:

—¿Ve usted como tampoco los hombres pueden entrar a veces en un restaurante?

—¿Por falta de libertad?

—Por exceso de libertad —contestó Luis Felipe.

VII

—Por lo menos aquí no nos han molestado—dijo el novelista.

—Cierto—repuso Rosario.

—¿Un poco de licor?

—No, gracias.

Habían terminado por volver a casa de Luis Felipe y allí comieron.

Guillermo, que acababa de servir el licor, preguntó discretamente:

—¿Manda el señor algo más?

—Nada más, Guillermo.

Y cuando se iba a retirar el criado, lo detuvo.

—Ten presente que no recibo a nadie. Estoy trabajando.

—Perfectamente, señor.

Rosario le preguntó con una sonrisita de amistad:

—¿Es así como hace usted las novelas?

—Le diré a usted mi secreto... Mis novelas no las hago yo.

—¿No?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Se hacen ellas solas. Tengo una máquina americana que, según la combinación que se use, fabrica novelas de amor o de misterio, o de... aventuras del Oeste.

—¿No sé lo que me da oírle hablar así! ¿Cómo es usted sinceramente?

—¿Sinceramente? Como cada lectora quiere que sea.



—Mucho te compones tú esta noche,



Y se la sacó del bolsillo del gabán.



—Lo que hay es que vosotras os queréis librar de la tiranía y nosotras nos conformábamos con vengarnos del tirano.



—No soy un ladrón, no soy un asesino..



—¿Le interesan a usted los peces de colores?



... con la consiguiente rabieta de la Estrella Polar.



¿Es así como hace usted las novelas?



... tras de besarle apasionadamente...



-Rosario, sea usted razonable...



Rosario se habia propuesto no mirar la revista, pero...



Todas las miradas se concentraron en Rosario.



—¡El premio es para mí y el traje es mío!



... a todos les había parecido muy bien la idea de brindar...



—¿Es la comisaria del Centro? ¿Saben ustedes algo de la señora Castellanos?



—Lo que usted quiera que haya pasado.



—¡Halal! ¿Qué fue de ti anoche?

—Bueno. ¿Trabajamos o no? — dijo Rosario levantándose en vista del cariz que iba tomando la conversación.

—Vamos a trabajar—repuso el novelista.

—Siéntese usted y empiece.

Se sentó Rosario.

—Ya está.

—Bien. Empecemos. Primero el título. Escriba usted: "La vida... La vida se decide en una noche", novela realista por... Prudencio... digo, por Luis Felipe de Córdoba... Capítulo primero.

Hizo una pausa y añadió:

—De cómo un sombrero, entrando por una ventana, contra la voluntad de su dueño, puede cambiar el curso de dos existencias.

Y preguntó a Rosario:

—¿Qué le parece?

—El principio promete mucho... Veremos el final.

—¡Ah! Eso no es cuenta mía. En mis novelas el desenlace siempre lo decide la secretaria.

Llamaron a la puerta y, al abrir, se encontró Guillermo con la Estrella Polar.

—¡El señor no está, señorita!

—Perfectamente — repuso Es-

trella entrando como Pedro por su casa.

—¡De veras que no está!—insistió Guillermo cortándole el paso.

Pero ella le apartó sin miramientos.

—¡Déjame, hombre! No seas pelmazo.

—Pero ¡si está trabajando!

—Pues que descanse, que buena falta le hace.

Y abrió la puerta del despacho.

—Pero, ¿qué fué anoche de ti, grandísimo sinvergüenza?

Y dándose cuenta de pronto de la presencia de Rosario, la recorrió de pies a cabeza con una mirada recelosa.

Al ver lo bonita que era se dibujó en sus labios una sonrisa en apariencia seráfica, pero en el fondo terrible.

—¡Ay! Usted dispense...

Felipe, que a duras penas podía contener su indignación, replicó vivamente:

—Pero ¿no te ha dicho Guillermo que estaba trabajando?

—Sí, pero creí que trabajabas solo.

Y ante la temible intención de aquellas palabras, Luis Felipe explicó:

—Esta señorita es mi secretaria.

—Por muchos años—repuso Estrella Polar sin inmutarse.

Y, cogiendo al novelista de un brazo, se lo llevó a un rincón.

—¿A ti te parece ni medio decente tenerme esperando toda la noche? ¿Por qué no viniste? — le preguntó en voz lo bastante alta para que Rosario la oyera.

—Porque me cogió la tormenta y perdí en la calle el sombrero.

—¿Y la cabeza no?

—Haz el favor de marcharte — dijo el novelista secamente y cada vez más sofocado—. No hemos terminado aún.

—Ni yo tampoco.

—Estrella, por favor...

—Y esta mañana ¿por qué no me has contestado?

—Estaba ocupadísimo.

—¿También con la secretaria?

—¡Estrella!

—Lo que tienes que hacer es recordar que esta noche es el baile de la Prensa y que me prometiste llevarme.

Con la cara echándole lumbre, Luis Felipe empujó a Estrella hacia la puerta.

—Bueno, mujer, bueno. Vete.

—Pero prométeme que vendrás.

—Bueno.

—¡Ay, novelista! ¿Como no vendas te saco los ojos!

Y por fin, tras de besarle apasionadamente, se marchó la artista. Nunca había sudado tanto Luis Felipe como en aquel momento.

VIII

Ya se disponía a seguir dictando a su secretaria, cuando advirtió que ésta se había puesto en pie y recogía sus cosas.

—Pero ¿se marcha usted?

—Sí—repuso Rosario secamente.

—Entonces ¿a quién le dictaré la novela?

—A esa señorita.

—¡Rosario!

—¡Le prohíbo a usted que vuelva a llamarme Rosario!

Intentó trasponer el umbral, pero Luis Felipe le cortó el paso.

—¿Conque no me deja salir?... ¡Muy bonito!

—Pero, oígame usted. Ya que

quiere ser una mujer moderna, tenga un poco de lógica.

—¡Búsqueme un taxi! — gritó Rosario a Guillermo.

Pero Luis Felipe le ordenó:

—¡No busques nada!

Y dijo a Rosario en tono de súplica:

—Escúcheme, por favor. Mis relaciones con Rosario...

—¡Me importan un comino!

—Entonces, ¿por qué la indignan tanto?

—Porque parece mentira que un hombre como usted, inteligente y culto, sea capaz de tener trato con una mujer así, y porque... porque... ¡de sobra sabe usted por qué!

—Rosario, sea usted razonable.

Anoche, al salir de mi casa, no tenía el honor de sospechar la existencia de usted. Por lo tanto, aunque me honre infinito la actitud celosa de usted...

Rosario se revolvió iracunda:

—¿Celosa? ¿Ha dicho usted celosa?

—Rosario...

—¡Ha dicho usted celosa! —exclamó la viudita, cada vez más desesperada.

—No, no...

—Pero ¿qué ha llegado usted a figurarse?

—No me figuro nada.

—Está bien... está bien. ¡Celosa! ¡Muy buenas tardes!

La detuvo de nuevo.

—Pero considere usted que aun-

que yo hubiera dicho lo que usted supone...

—¿De modo que supongo?

—Aunque fuera verdad, el amor no es un crimen.

—¿Déjeme pasar!

—Es que estoy dispuesto a...

—A ir al baile de máscaras con esa señorita. ¿Verdad que va usted a ir?

—Yo...

—¿Lo ve usted? ¡Va a ir! ¡Y aun se atreve!

—Se lo he prometido.

—¡Claro! ¡Como que estaba usted deseándolo! ¡Vaya! ¡Muy buenas tardes!

Y esta vez sí que no pudo evitar que Rosario se marchara.

IX

—¿No te puedes callar, Pepe?
¡Me atacas los nervios!

—Perdona, hija, perdona.

Y Pepe dejó de tocar el piano.

—¡Emilio, por Dios!

—¿Qué?—preguntó Emilio suspendiendo su tararear.

—¡Que no dejas leer a la abuela!

—¿A mí?—preguntó doña Barbarita, a la que no molestaba lo más mínimo el tarareo de Emilio.

—Y ni bien podías dejar de fumar. Está la atmósfera irrespirable.

—¿Desde cuándo te molesta el humo?—preguntó Pepe.

—Me ha molestado siempre.

—Niña, ¿qué te pasa?—preguntó doña Barbarita.

—Nada... ¿Qué quieres que me pase?

Pero la verdad era que Rosario estaba sumamente nerviosa.

Estaba pensando en que se acercaba la hora del baile de la Prensa. Luis Felipe y Estrella se encontrarían allí. Y esta idea la torturaba.

Durante el resto del día no había ocurrido nada anormal. Pero he aquí que ahora, cuando más lejos estaba la preocupación de todo lo ocurrido, se le presentaba otra más fuerte y obsesionante.

¡Aquella artista! ¡Aquella sinvergüenza!

—Tú debes de tener calentura —dijo Pepe—. Ese mal genio no es en ti natural.

—¿Ahora resulta que tengo mal genio?

—No lo tienes, y por eso me extraña que lo demuestres.

—Es que estoy aburrida.

—¿Aburrida?

—¡Qué raro!

—¡Sí, muy raro!—replicó Rosario descompuesta—. Es muy raro que mientras vosotros vais esta noche al baile de máscaras, yo, que me quedo aquí todas las noches de la vida, con un libro estúpido entre las manos, no esté loca de alegría. ¡Eso es muy raro!

—No creas que es muy divertido—repuso Pepe—. ¿Es divertido bailar con la primera desgraciada vestida de locura que se presenta?

—¡Sí, sí, desgraciada! —dijo Mario, picarescamente.

—Las artistas de teatro—confirmó doña Barbarita—que van esta noche al baile y vienen aquí retratadas, no están mal del todo.

—¡A ver, a ver!

Pepe se había abalanzado vorazmente sobre la revista.

Lo mismo hicieron Emilio y Mario.

—¡Mira, la Estrella Polar! —exclamó el primero—. Esa americana que está en el "Alkazar".

—¡Qué mujer!—comentó Pepe.

—¡Está para comérsela!—convino Emilio.

—¡Y que baila como los ángeles!—dijo Mario.

Trémula de indignación y de celos, al ver el entusiasmo que aquella mujer despertaba también en sus hermanos, Rosario exclamó:

—¡Ay, si yo pudiera enamorarme de un boxeador!

Todos la miraron con extrañeza.

—¿Eh?—preguntó Mario.

—¡Está loca!—exclamó Emilio.

Rosario replicó nerviosamente:

—¿Conque estoy loca?

—Chiflada, si te parece mejor.

—¿De modo que si yo pierdo el juicio por un boxeador, estoy loca, y si vosotros andáis batiendo los vientos por una bailarina, sois tres modelos de equilibrio?

—¡Es muy distinto! —exclamó Mario.

—¿De modo que es muy distinto?

—¡Claro!—dijo Pepe.

—¡Y tan distinto!—opinó Emilio.

—¿Por qué?

—¿Que por qué?

—Sí, ¿por qué? ¿Me lo queréis explicar?

—Pues... —comenzó a decir Pepe sin encontrar la respuesta adocuada.

—Porque... —inició Emilio.

—Ya veis como no podéis contestar. Pero no me importa. Lo que me extraña es que hombres de tantísimo talento...

—Gracias.

—No lo digo por tí.

—¡Santo cielo! ¡Esta niña está imposible!

—Lo mejor es que nos vayamos —opinó Emilio—. De lo contrario, acabaría por tirarnos algo.

—Adiós, adiós—dijo Pepe cogiendo el sombrero.

Y Mario añadió irónicamente:

—Y cerrad bien el balcón, no sea cosa que vuelva el fantasma.

—¿Queréis hacer el favor de dejarme en paz?—exclamó Rosario.

—¡Marchaos de una vez!

Y por fin se marcharon.

X

—¡Qué asco de hombres! —exclamó Rosario—. ¡Los aborrezco a todos!

—¿A todos? —preguntó María Pepa con oscura intención.

—¡A todos, a todos!

—Haces bien.

—¡Hace mal! —replicó severamente doña Barbarita.

Hubo una pausa.

Rosario se había propuesto no mirar la revista, pero se apoderó de ella y estuvo pasando hojas hasta dar con el retrato de Estrella Polar.

—¡Mira que estar locos los cuatro por esta tanguista!

—¿Los cuatro?—preguntó doña Barbarita.

—Bueno, los tres—disimuló Rosario.

—De tres a cuatro va uno—deslizó María Pepa.

Pero Rosario pasó por alto la alusión, dándose cuenta de que habría sido peor recogerla.

—No sé por qué consiguen siempre esas mujeres volverles el juicio a los hombres.

—Porque no le tienen miedo a la vida—repuso la abuela—y se atreven a todo. Como se propongan lograr algo (dinero, posición, un hombre) hasta que se salen con la suya, no hay quien las detenga.

—Sí, es verdad. Se atreven a todo.

En este momento dieron las once en el reloj de la casa.

Doña Barbarita exclamó:

—¿Las once ya? ¡No sé cómo se nos ha pasado la noche!

Se levantó y dijo a María Pepa:

—Anda, vámonos. Nunca tienes prisa en acostarte.

—¿Yo?

—Sí, ¿Anda, anda!

Besó a Rosario.

—Y a ti, hija mía, que se te pase el mal humor.

—No es mal humor. ¡Es jaqueca!

Doña Barbarita sonrió incrédulamente.

—Esa disculpa guárdala para tu segundo marido, cuando lo tengas. A una mujer no se la des nunca... Adiós, hija.

—Buenas noches, abuela.

Al quedarse sola Rosario sintió que su nerviosismo aumentaba conforme se acercaba la hora del baile.

Las figuras de Estrella Polar y Luis Felipe danzaban en su memoria y en vano trataba de apartarlas.

Detestaba profundamente a la tanguista. Y todavía le era más odiosa la idea de que Luis Felipe se hubiera dejado embaucar por ella.

De pronto se detuvo.

En su semblante había la expresión de una decisión irrevocable.

Fuó a su habitación, se arregló rápidamente y salió a la calle,

deslizándose a través de la casa sigilosamente, como un ladrón.

Tomó un taxi y le dijo al chofer que la condujera a una tienda de disfraces.

Una vez allí se dió cuenta de que no tenía dinero, pero ya no era hora de volver atrás.

Encarna, la encargada de la tienda, comenzó a enseñarle disfraces. Pero a Rosario no le gustaba ninguno. Se fijó de pronto en uno blanco, magnífico, que estaba apartado.

—Este sí que me gusta.

—Pero ése no puede ser—repuso Encarna—. Es un encargo de una señorita, que paga por él dos mil quinientas pesetas. ¡Bueno, se las pagará algún amigo!, ¿sabe usted?

—Comprendido. Pero ¿y si yo le ofreciera 2.500 pesetas por el alquiler?

Encarna vaciló.

—Siendo así...

Llamó al dueño.

—¡Antonio, Antonio!

Salió Antonio.

—Esta señorita dice...—comenzó a explicar Encarna.

—Lo he oído.

—¿Y qué?—inquirió Rosario.

—Pues que ya que tiene usted

tanto interés, se lo puede llevar.

Entonces se acordó Rosario de que no llevaba dinero.

—El caso es que he venido sin un céntimo.

—Entonces se lo mandaremos—decidió Antonio.

—¡No, mandarlo, no! Pagaré mañana.

Aquello le gustó tan poco al dueño de la tienda, que dijo a la encargada:

—¡Llévatelo!

Pero Rosario se acordó de su sortija. Se la quitó y la mostró a Antonio.

—¿Basta esto para responder?

La examinó el dueño de la tienda. Sólo el brillante que llevaba la sortija debía de valer unas cinco mil pesetas.

—De acuerdo—dijo guardándose la sortija.

Y ordenó a la encargada:

—Entrégale el disfraz.

—¿Se lo va usted a llevar?—preguntó Encarna.

—No. Me lo voy a poner aquí. Es decir, si puede ser...

—¡Ya lo creo! Venga usted al tocador.

Pasaron las dos al tocador y, mientras la ayudaba a ponerse el

disfray, Encarna advirtió el nerviosismo que dominaba a Rosario.

—Se ve a la legua que no está usted acostumbrada a estas cosas— dijo—. Va usted a sorprender a su marido, ¿verdad?

—No es mi marido.

—¿Su novio entonces?

—Tampoco. No voy a sorprender a nadie.

Y en vista de que a la clienta parecían molestarle las preguntas, Encarna no volvió a desplegar los labios hasta que se despidió de ella con las frases más amables.

XI

Se acercó a la taquilla.

—¿Me hace el favor de una entrada?

—No se venden billetes de señora— repuso el taquillero—. Van comprendidos en el del caballero.

Fué un problema en el que Rosario no había podido pensar, porque no había asistido nunca a un baile.

¿Qué hacer?

Estaba confundida, azorada, a la puerta del edificio de la Prensa.

Un extranjero que se había acercado en aquel momento a la taquilla, le dijo insinuante y sonriente:

—¿Quiere usted entrar conmigo, prenda?

El rubor debió de teñir las mejillas de Rosario. Pero como lleva-

ba antifaz, no fué notado por los que la miraban con afán inocultable.

De pronto, Rosario vió el cielo abierto.

Allí estaba don Juan, el distinguido y viejo amigo de Luis Felipe.

Aqué! sí que podía ser su caballero.

Se fué hacia él decidida.

—Buenas noches, don Juan.

—Buenas noches, hijita.

—¿Quiere usted entrarme en el baile? Es decir, si no está comprometido.

—Por una mujer como tú rompo yo todos los compromisos. ¿Vamos?

Y ofreció a Rosario su brazo derecho.

La presencia de Rosario en el baile produjo sensación.

Aunque no se le veía la cara, bastaba su figura esbelta para atraer sobre ella todas las miradas masculinas.

Pepe, que estaba con Emilio, fué de los primeros en advertirla.

—¡Vaya mujer!—exclamó.

Emilio volvió la cabeza y, al ver la figura de Rosario, se fué hacia ella.

Pepe lo detuvo.

—¡Eh, tú! ¡Que yo la he visto primero!

Y fué Pepe el que le subió al paso.

Rosario dió un paso atrás, asustada. Después recordó que llevaba antifaz y se quedó más tranquila.

—¿Se ha asustado usted?—preguntó Pepe.

—Un poco.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone?

—Marcharse.

—¡Pues sí que he tenido un éxito!...

Pero don Juan, que se había apartado un momento de Rosario, volvió al lado de ella y la cogió de un brazo.

—No se me escape usted.

Y añadió dirigiéndose a Pepe:

—Con permiso.

Se llevó a Rosario a un palco que estaba muy cerca del que ocupaban Luis Felipe y la Estrella Polar.

Estrella estaba indignadísima.

—¡Lo que me ha hecho a mí no tiene nombre! ¡Me han estropeado la noche! ¡Yo que había escargado un disfraz que era un saño!

—¿Pero qué más te da uno que

otro, mujer?—repuso Luis Felipe para tranquilizarla—. Con ese vas muy bien.

Se vieron don Juan y el novelista. Se saludaron.

—¡Buenas noches, don Juan!

—¡Hola, grande hombre!

De pronto Estrella lanzó un grito.

—¡Mira!

—¿Qué pasa?—preguntó el novelista.

—¡Mi disfraz!

—¿Dónde?

—Lo lleva esa mujer que va con tu amigo.

Luis Felipe dirigió una mirada a Rosario y pudo comprobar que, en efecto, era un disfraz precioso.

Pero se guardó muy bien de decirlo.

Por el contrario, exclamó despectivamente:

—¿Y por un disfraz así te dejas amargar la noche?

—¡No es ya el disfraz, es la cochinada! ¡Ni esa ni nadie me pisa a mí un vestido! Ahora verás.

Se levantó con el evidente propósito de desnudar a Rosario a la vista del público, pero Luis Felipe la detuvo.

—¿Dónde vas, mujer?

—¡Déjame! ¡A esa la desplumo yo!

—¡Por favor! ¡No des el espectáculo!

—¡Esa niña cursi me las paga!

—¡Estrella!

Y cuando ya se veía perdido Luis Felipe, un grupo de admiradores que habían reconocido a Estrella Polar, se la llevaron a viva fuerza, entre vitores y aclamaciones.

Esto bastó para que la vanidosa Estrella se sintiera feliz y para que Luis Felipe se quedara tranquilo.

XII

Lo primero que hizo el novelista al quedarse solo fué ir a saludar a don Juan, para ver de cerca a aquella mascarita que tanto había llamado la atención y que cada vez la llamaba más.

Don Juan lo presentó a Rosario con estas palabras:

—Tengo el gusto de presentarte al hombre más afortunado de Madrid.

—Por lo menos desde este momento — dijo Luis Felipe galantemente.

Y preguntó a Rosario:

—¿Quiere usted bailar?

—Si don Juan no se enfada...

—Un poco cuesta arriba me viene estar unos momentos lejos de

ti, pero este afortunado mortal es mi mejor amigo y no le puedo decir que no.

Bailaban Rosario y Luis Felipe.

La viudita preguntó:

—¿Qué ha venido a buscar al baile? ¿Asuntos para sus novelas y protagonistas?

—¡Ah! ¿Me conoce usted? — exclamó el novelista, extrañado.

—¿Qué mujer no le conoce?... Todas hemos leído sus libros como tontas... ¡Ay! Se llora demasiado con sus novelas. ¿Qué gana usted con hacer llorar así a las mujeres?

—Un veinte por ciento del precio del ejemplar.

—¿Qué prosaico!

—Usted me pregunta qué gano. Yo le contesto.

—¡Ya, ya!

Una pausa y volvió a decir Rosario:

—Ya le he visto un momento esta mañana en el Savoy. Iba muy bien acompañado.

—¡Plis!

—¿Plis nada más? — preguntó Rosario poniéndose en guardia—. ¿Ea que no quiere hablar de ella?

—Prefiero hablar de usted.

—No lo creo.

—Se lo aseguro... Y para demostrarlo, ahí va una pregunta: ¿Qué ha venido usted a buscar en el baile?

—Desde luego, no he venido a buscarle a usted, no vaya a figurarse.

—¿Cómo voy a figurarme eso?

—No tendría nada de particular.

—¿Por qué?

—¡Como está usted tan acostumbrado a que todas se vuelvan locas por usted!...

—¿Y usted no?

—No, señor.

—¿Cómo me lo va usted a probar?

—Así.

Y Rosario se marchó dejándole

plantado, sin esperar siquiera a que terminara el baile.

El éxito de Rosario se completó al obtener el premio de disfraces.

Fue conducida a presencia del jurado calificador y un speaker la presentó al público.

—¡Señoras y señores —gritó el speaker—, el jurado acaba de conceder el primer premio de disfraces a esta señorita!

Todas las miradas se concentraron en Rosario.

Rumor de voces. Aplausos. Aclamaciones. Todos estaban de acuerdo con el fallo.

Logrando a duras penas que su voz se oyera por encima de las demás, añadió el speaker:

—Disfráz que representa...

Y preguntó a Rosario en voz baja:

—¿Qué representa?

—No lo sé.

—¡No lo sabe! —declaró el speaker a voz en grito.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada unánime, pero que no influyeron lo más mínimo en el éxito obtenido por Rosario, ya que los aplausos y las aclamaciones continuaban.

Pero cuando mayor era el entu-

asismo, se presentó ante el jurado la Estrella Polar y gritó adoptando una actitud chulona:

—¡Qué se va a llevar el premio ese gato! ¡El premio es para mí y el traje es mío!

Se abalanzó al mismo tiempo sobre Rosario, pero varios amigos de la artista intervinieron oportunamente y lograron llevársela del local, con lo que no pasó la cosa del espectáculo que Luis Felipe se estaba temiendo.

Cuando los ánimos se calmaron, el presidente del jurado hizo renacer la alegría con estas palabras:

—Una vez terminado el incidente vamos a brindar por el primer premio.

Y preguntó a Rosario:

—¿Quiere usted quitarse el antifaz?

—¡No, no!—repuso ella aterrada.

—¡Entonces habremos de brindar por una beldad oculta!

Y ofreció a Rosario una copa de champaña.

En el gran salón se oía un gran ruido de copas y botellas.

Era que a todos les había parecido muy bien la idea de brindar y se disponían a hacerlo.

Aquella era la primera de la serie de copas de champaña que aquella noche había de apurar Rosario.

* * *

Estaba en un palco, con otras damas y caballeros.

La cabeza le daba vueltas. El champaña había empezado ya a producir sus efectos.

Uno de los jóvenes que la acompañaban, se había empeñado en verle el rostro y todo era rogarle

que se quitara el antifaz, con la consiguiente desesperación de su amiguita.

Pero en medio de su embriaguez Rosario conservó la lucidez suficiente para negarse a aquel capricho.

Pero la tenacidad defensiva de

Rosario tuvo que doblegarse a la fuerza del caballero que la sujetó fuertemente, le quitó el antifaz y se dispuso a besarla.

Luis Felipe, que desde el palco de enfrente lo había visto todo, dió un salto al reconocer a Rosario y corrió a auxiliarla.

El caballero se negaba a dejarse arrebatar la bella pieza, pero un buen directo de Luis Felipe le hizo transigir.

Rosario, por completo inconsciente, reía y exclamaba:

—¡Qué divertido es todo esto!

Luis Felipe logró llevarla hasta un auto y después a su casa.

Una vez allí, la vieja criada del novelista se cuidó de quitar a Rosario el disfraz, ponerle un pijama de su señor y acostarla en el lecho de éste.

Luis Felipe de Córdoba se quedó a dormir en el sofá de su despacho.

XIII

Mario, sin poder disimular su inquietud, telefoneaba a la comisaría.

—¿Es la comisaría del Centro? ¿Saben ustedes algo de la señora Castellanos?

—No, señor. No sabemos nada todavía.

Y la misma respuesta obtuvo en las casas de socorro, en el Juzgado del Centro y en un periódico donde tenía un amigo repórter.

Y toda la familia oyó de Mario esta respuesta desoladora:

—No se sabe nada de ella.

Entretanto, Luis Felipe dormía en el sofá de su despacho.

Se presentó Guillermo para despertarlo.

—¡Señor, señor!

El novelista se levantó bastante dolorido.

—¿Qué hay, Guillermo?

—El de la imprenta, que está aquí por las pruebas.

—¡Qué sé yo de las pruebas ahora! Dile que vuelva más tarde...

¡Ah! Y di también a Mercedes que prepare el desayuno para dos.

Rosario se quedó estupefacta al despertarse y verse en aquella casa y con aquella ropa.

Recordaba muy confusamente lo ocurrido la noche antes y sentía ese malestar que, tras una noche de alegría, experimentan hasta los más acostumbrados.

Vió la puertecilla del cuarto-lavabo y hacia ella se fué.

El agua fresca la despejaría.

Pero al entrar, se quedó estupefacta. Allí estaba Luis Felipe terminando de afeitarse.

El novelista la saludó amablemente y como si nada hubiera ocurrido.

—Muy buenos días.

Ella le dirigió una mirada indefinible.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo?

Rosario comprendió que el que podía haber hecho tal pregunta era Luis Felipe. Y rectificó:

—Es verdad. ¿Qué hago yo aquí?

—Todo lo que usted quiera.

—¿Es esta su casa?

—Sí; mía... y de usted.

Rosario paseaba en torno suyo una mirada de inquietud. Demandó en tono imperativo:

—¡Dígame usted ahora mismo qué pasó anoche!

—¿No se acuerda usted?

—Sí. Me acuerdo, pero no me acuerdo del todo... ¡Dígame usted! ¿Qué pasó anoche?

—En primer lugar... es usted una criatura adorable.

—¡Eso no es cuenta suya!... ¡Hable usted!—replicó Rosario cada vez más nerviosa.

—Pues bien, se lo voy a explicar. Ayer salió usted de aquí como una tromba, con una de esas rabieta tan graciosas que suelen tener las mujeres adorables...

—¿Quiere usted suprimir el calificativo? Además, yo no tuve ninguna rabieta.

El novelista sonrió.

—Se olvida usted de que, en su opinión, soy un maestro de psicología femenina... Esta rabieta fue la que le hizo a usted ir anoche al baile.

—No, señor, ni mucho menos.

—No irá usted a decir que fue a divertirse. Una mujer... perdón... iba a decir adorable, es incapaz de ir a divertirse a un sitio así.

—Pues me divertí muchísimo.

Rosario volvía a acordarse de Estrella y volvía a sentirse celosa.

Luis Felipe repuso irónicamente:

—Sí, sí, ya lo vi... Demasiado.

—¿Quiere usted decir que yo?

—No quiero decir nada... Naturalmente, era usted la reina de la

noche, y había que festejar el éxito.

—¿No bebí nada!

—Sí, ya lo sé... Por eso es mucho más halagador que cayese usted en mis brazos conscientemente.

Rosario se estremeció. La sonrisa de Luis Felipe la sacaba de sus casillas.

—Diga usted, ¿quién me trajo aquí?... ¿Quién?... ¿Quién?... ¿Y por qué no me llevó usted a mi casa?

—No creí que quisiera usted llegar a su casa de aquella manera...

—Bueno, pero... ¿y después?

—¿Después? ¡Usted lo sabrá!

—Yo no sé nada—exclamó Rosario secamente—. ¿Qué pasó después?

—Lo que usted quiera que haya pasado.

—¿Yo?

—Naturalmente. Un caballero... y yo soy un caballero, en un caso como este, nunca sabe más que lo que la mujer quiere que sepa. Es lo correcto. ¿Que usted no quiere que haya pasado nada?... Pues nada pasó. Ahora, si usted quiere...

—... La verdad. Quiero la verdad.

—¿Qué va usted a hacer con la verdad? ¿Qué más quiere usted? Le ofrezco la elección del pasado y del porvenir.

Y haciéndole una amable reverencia se retiró.

Rosario estaba confundida. Jamás se había visto ante un problema tan grave y tan delicado.

XIV

—¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!

Era Estrella. Trataba de entrar a toda costa, a pesar de la resistencia que le oponía Guillermo.

—¡Que me dejes te digo!

—Es que ahora no se le puede molestar...

—Verás tú si le molesto o no, en cuanto le eche la vista encima... ¡Quita!... ¡Se creará él que a mí me va a engañar! ¡Quita, hombre!

Lo apartó de un empujón y entró

en el despacho de Luis Felipe. Allí estaba el novelista. Con una sonrisa temible y una actitud un tanto chulona, que olía a tragedia, se quedó mirando al novelista.

Este, atemorizado, trató de disimular su inquietud con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Qué fué de ti anoche?

—¡Hace falta descaro para preguntar eso! ¿Qué fué de ti, es lo que yo pregunto?

—No sé, te perdí de vista. Ya estaba cansado y me volví a casa.

—¡Ah! ¿Sí?

—Eso fué todo.

—A mí no me vengas con cuentos. Te fuiste con aquella...

—¿Con quién?

—De sopra lo sabes.

En este momento entró la vieja criada del novelista, con una bandeja en la que se veían dos servicios de desayuno.

Se plantó la artista delante de la doméstica.

—Un momento. Aquí hay dos desayunos.

Y preguntó a Luis Felipe:

—¿Quieres decirme para quién?

—No sé por qué preguntas; para ti y para mí.

—Y, ¿de dónde sacas tú que yo no he desayunado a las tres de la tarde? ¡Claro! ¡Tú tienes una mujer aquí!

Intentó pasar al cuarto. El novelista trató de detenerla:

—¡Estrella, por Dios!

—¡Déjame! ¡Déjame o no respondiendo!

Por fin logró abrirse paso y entró en la habitación. Miró a un lado y a otro sin ver a nadie.

—¿Dónde está?

—¿Te convences ahora de que no hay nadie?

Estrella sonrió.

—Sí, negro. ¿Me perdonas?

Pero en seguida descubrió el disfraz de Rosario y se puso lívida.

Rosario, al oír la voz de Estrella y temiendo ser vista allí por aquella mujer, se echó encima un abrigo de Luis Felipe y logró llegar a la calle, donde un taxi la condujo a su casa.

Al encontrar el disfraz de Rosario, aquel disfraz que ya había despertado su indignación la noche antes, exclamó:

—¿Y esto? No había aquí ninguna mujer, ¿verdad?

Y entabló con el vestido una furiosa lucha, de la que éste resultó destrozado.

—Pero, por Dios, ¿qué haces?

—¿Qué hago? ¡Mira lo que hago! ¡Si estuviera ella dentro haría lo mismo! ¡Toma!

Y entregó a Luis Felipe los residuos del disfraz.

Este, con aquella ruina en las manos, se quedó mirando a la Estrella Polar, que por primera vez se marchó sin ser despedida.

* * *

—¿Y dice usted que ha desaparecido y no saben dónde está?

Era un policía el que hacía a doña Barbarita esta pregunta.

—¿Usted cree que si supiéramos dónde está estaríamos revolviendo Roma con Santiago desde hace diez horas?

—Bien. Vamos por orden. ¿Tienen alguna fotografía?

—Sí, señor. Venga usted.

Lo condujo al salón. María Pepa los seguía.

Una vez allí, entregaron al agente un retrato que éste contempló.

—¡No está mal!—fué su comentario.

—¿Qué dice usted?—exclamó María Pepa.

Y él, para arreglarlo, repuso:

—Perdón, he querido decir que sí que está mal.

Y viendo que cada palabra suya era una coladura, decidió marcharse.

—¿No se lleva usted el retrato?

—preguntó doña Barbarita, viendo que se lo dejaba.

—¿Para qué?—repuso el agen-

te—. Nunca identificamos a los cadáveres por sus retratos. ¿Ustedes leyeron lo de aquella señorita que apareció hace unos meses descuartizada en un baúl?

—¡Jesús!—exclamó María Pepa horrorizada.

—Pues se la identificó por el baúl—añadió el policía impertérrito.

—¡Qué horror!—gimió doña Barbarita—. Pero ¿es que usted cree...?

—No, no se asusten. En el mejor de los casos no aparecen. Yo, la verdad, nunca he encontrado a ninguna persona desaparecida. Pero no hay que desesperar. Alguna tiene que ser la primera.

Cuando se fué el policía entró Pepe.

—¿Qué?—preguntó—. ¿Nada?

—Nada—repuso desolada doña Barbarita.

—¿Qué ha dicho el policía?

—Nos ha contado el crimen de la calle Mayor—repuso María Pepa, llorando.

—¡Bueno, mujer, no llores!

Llegó Emilio.
 —¿Qué pasa?—preguntó.
 —Nada—repuso Pepe.
 —Entonces, ¿por qué llora María Pepa?
 —¿Es que no puedo llorar?
 —Bueno, mujer, bueno.
 Entró Mario.
 —¿Qué?—preguntó doña Barbarita ansiosamente.
 —Lo mejor que podía ocurrir.
 —¿Eh?—inquirieron todos a un tiempo.
 —Que no ha ocurrido nada grave en las últimas veinticuatro horas. ¡Ah, voy a telefonear al periódico!
 Pero al aplicarse el auricular al oído, su semblante reflejó tal sorpresa, que Emilio le preguntó:
 —¿Qué pasa?

—Que estaban telefoneando.
 Acaban de colgar.
 —¿Dónde?
 —En esta casa.
 —¿Pero si no hay más que este teléfono y el de la habitación de Rosario!
 —Pues alguien telefonaba desde la habitación de Rosario.
 —Pepe—ordenó Mario—. Vete a ver quién es.
 Pepe dió un salto.
 —¿He de ser yo precisamente? Que vaya Emilio.
 —Lo mejor es que vayamos todos.
 —Eso es, Mario, que es el mayor, delante.
 Así quedó convenido al fin y toda la familia se dirigió hacia el cuarto de Rosario.

XV

Hacia un buen rato que Rosario estaba allí.
 Había logrado entrar sin ser vis-

ta y deslizarse en su habitación, donde se quitó las ropas de Luis Felipe y se puso otras suyas.

Una vez salvados estos primeros obstáculos, telefoneó a la tienda de disfraces para que fueran a recoger el suyo a casa de Luis Felipe y devolvieran al mismo tiempo sus ropas.

Y entonces fué cuando Mario intentó telefonar desde el salón haciendo el sorprendente descubrimiento de que en el cuarto de Rosario había alguien.

La estupefacción fué general al ver que era la misma Rosario la que estaba en su habitación.

Pepe fué a exigirle cuentas, pero Mario lo detuvo.

—Déjame a mí.

Y preguntó severamente a Rosario:

—¿Dónde estabas?

—¿Dónde iba a estar?—repuso ella, tratando de disimular su turbación con una sonrisa—. En mi cuarto.

—Pero ¿desde cuándo?—inquirió Emilio.

—Pues verás—repuso Rosario sin la menor firmeza—. Anoche, cuando os fuisteis, me quedé aquí recogiendo todo lo que vosotros os habíais dejado por en medio. Y después...

Se había detenido. Mario la apremió:

—¿Después?

—Pues me fui a mi cuarto.

—¿Y has estado allí hasta ahora?—preguntó Pepe.

—Sí, claro... Es decir, no.

—¿En qué quedamos?—dijo Emilio amenazadoramente.

—Es que... el caso es... Bueno, yo...

—¡Habla!

—Es que no sé—declaró Rosario, perdiendo la poca serenidad que le quedaba.

—¿Cómo que no sabes?

—Saber, sí, claro, pero...

—Pero, ¿qué?

—No me acuerdo.

—¡Qué absurdo!—exclamó Pepe.

—¿Se está delatando!—declaró Mario.

—Pero, ¿cómo es posible que no te acuerdes?—preguntó Emilio—. ¿Desde cuándo no te acuerdas?

Rosario comprendió que era preciso inventar algo y repuso:

—Es que... cuando me aplicaron el pañuelo de cloroformo, pues... perdí el conocimiento.

—¡Madre de Dios!—exclamó María Pepa.

—Veréis...—siguió diciendo Rosario—. Yo estaba aquí recogiendo no sé qué, cuando... cuando se apagó la luz... Y entonces entró un hombre por el balcón.

—¡A lo mejor fué el mismo de anoche!—opinó María Pepa.

—¿Y cómo pudo apagar la luz antes de entrar?—preguntó Mario.

—¿La luz?

—¡Sí, la luz!

—Pues la luz la... la apagó el otro.

—¡Ea! — exclamó Emilio —. ¡Haz el favor de decir la verdad de una vez!

—Eso—dijo Pepe—. ¿Dónde has pasado la noche?

—Es lo único que nos interesa— declaró Emilio.

Y cuando la conversación había llegado a este punto culminante, llegó un hombre que era portador de una figura de bronce para Rosario.

—¿Para mí?—exclamó la viuda sin sospechar quién pudiera mandársela.

—Sí—repuso el portador de la figura—. Es el premio que ganó anoche la señora en el baile de máscaras.

XVI

La confusión de Rosario iba en aumento.

—¿Para la señora?—preguntó.

Y dirigiéndose a doña Barbarita:

—Debe de ser para ti, abuela.

—¿Para mí? ¡Cómo no sea de algún baile del año 82?

—Pues entonces debe de ser un error.

—Me extraña, porque he apuntado bien las señas.

—Pues eso no es para mí. ¡Que se lo lleven!

En este preciso momento se presentó el dueño de la tienda de dis-

fraces con lo que Estrella había dejado del que se llevó Rosario la noche anterior.

—¿Pero usted cree que ésta es manera de devolver mi traje! — preguntó, encarándose con Rosario.

—¿A mí me lo dice usted?

—¿Pues a quién quiere que se lo diga?

—A quien se lo haya alquilado a usted.

—¿Querrá usted decir ahora que no estuvo anoche en mi casa a alquilar este disfraz?

—¡Claro que no estuve!

Y explicó a sus hermanos:

—Ya sé lo que ha sucedido. Hay en Madrid una señora tan parecida a mí, que no es la primera vez que nos confunden.

—Entonces—dijo Antonio— esta sortija, ¿es de la otra señora?

—¡No!—repuso Rosario vivamente—. La sortija es mía.

—¿Entonces?

Intervino doña Barbarita.

—Haga el favor de volver luego y arreglaremos este asunto entre usted y yo.

—Perfectamente, señora.

Se marchó Antonio y Mario despidió al hombre de la figura, que-

dándose con ésta y dando a aquel hombre una buena propina.

Apenas se hubieron marchado los dos hombres, los tres hermanos se abalanzaron sobre Rosario:

—Buena, ¿qué nos dices ahora?

—Supongo que no seguirás inventando novelas.

—Ahora has de hablar claro.

Y en vista de que ya no había medio humano de ocultar toda la verdad, Rosario exclamó:

—¡Pues sí! ¡Hablaré claro! Anoche estuve en el baile de máscaras. ¿Qué pasa?

—¡Muy bonito!—comentó Pepe.

Y Mario fijó en ella una mirada penetrante.

—¡Un momento! El baile se terminó a las cuatro. ¿Qué has hecho desde entonces?

—Di, ¿Qué has hecho?—repitió Pepe.

—Pues... pues...

Y cuando más apurada estaba Rosario, entró un sombrero por el balconcillo del entresuelo: el sombrero de Luis Felipe.

—¡Un sombrero!—exclamaron todos a un tiempo.

Todos menos doña Barbarita, que dijo en voz baja:

—Lo estaba esperando.

—¡Ahora sabremos quién es!—
gritó Pepe.

Y corrió al balconcillo al mismo
tiempo que sus hermanos.

No adelantaron nada, pues la ca-
lle estaba vacía.

—No se ve a nadie—dijo Pepe.

—Ese hombre debe ser un fan-
tasma—opinó Emilio.

—¿Dónde se habrá metido? —
preguntó Mario.

Y entonces se oyó en el umbral
la voz del policía:

—No busquen ustedes, que aquí
lo traigo yo.

Todos se volvieron y pudieron
ver que, efectivamente, el policía
iba acompañado de un caballero.

Y aquel caballero era Luis Feli-
pe de Córdoba.

—Es que a mí—explicó jactan-
ciosamente el policía— no se me
escapa uno. Estaba rondando la ca-
sa. Todos los criminales se sienten
atraídos por el lugar del crimen.
Ahora sólo falta encontrar los pe-
dazos de la víctima.

—No se moleste—repuso Pepe.
—Los pedazos de la víctima están
aquí, ya reconstruídos.

—¡Toma! ¡Pues es verdad!

Y el agente preguntó a Rosario:

—¿Reconoce a este hombre?

—Sí—repuso la viudita—. Es-
te hombre fué el que me aplicó el
pañuelo de cloroformo y me tuvo
secuestrada.

Una exclamación unánime de
asombro.

—¿Quién es usted?—inquirió
Mario, encarándose con Luis Feli-
pe.

Pero el policía se interpuso.

—¡Un momento! El caso cae de
lleno dentro de la ley.

—Pero, además...—inició Pepe.

—El interrogatorio lo hará el
juez—exclamó el policía, inflexi-
ble—. Lo hará el juez, que para
eso cobra.

Y preguntó a Luis Felipe:

—¿Es verdad lo que dice esta
señora?

—Defiéndase usted—le dijo re-
tadoramente Rosario.

Pero el novelista repuso:

—Lo que dice esta señora es
siempre la verdad. Ha pasado lo
que ella quiera que haya pasado...

Tanta caballerosidad y tanta dis-
creción confirmaron a doña Barba-
rita lo que sospechaba. Aquello iba
por buen camino.

En cambio, la corrección de Luis
Felipe pareció ofender a Rosario,
que gritó dirigiéndose al policía:

—¡Lléveselo usted!

—¡Ya lo creo que me lo llevo! Pero tendrá que venir usted a declarar.

—Con mucho gusto.

—Nosotros también vamos—dijo Mario resueltamente.

—Vosotros os quedáis. No necesito ayuda de nadie.

Y añadió dirigiéndose al policía:

—Vámonos.

Salieron. Los hermanos trataron de seguirla. Pero doña Barbarita, que sabía muy bien el final que iba a tener aquello, los detuvo.

—¿Dónde vais? ¿No habéis oído que no necesita ayuda?

Y ellos, que habían terminado por sospechar lo mismo que doña Barbarita, se quedaron.

XVII

Antes de salir, el policía había cogido el sombrero lanzado por Luis Felipe.

Llamaron un taxi.

Luis Felipe trató de recuperar su sombrero, pero el agente lo impidió con estas solemnes palabras:

—Deje usted esto, caballero. Es el cuerpo del delito.

—Pero déjeme que lleve el cuerpo del delito en la cabeza porque hace frío.

—Bien. Pero no trate usted de

hacerlo desaparecer, pues será peor.

—Puede estar tranquilo.

Sabió al interior del coche, donde ya se había instalado Rosario, y el policía se sentó en medio de ambos.

—¿Cómo se ha atrevido usted a volver?—preguntó Rosario tan pronto como el coche se puso en marcha.

Y Luis Felipe repuso con aplomo:

—Soy un secuestrador enamorado de mi profesión, y cuando empiezo un trabajo, quiero terminarlo a mi gusto.

—¿Sabe usted qué pena corresponde por delito de secuestro? —preguntó Rosario al policía.

—Por secuestro y reincidencia frustrada—repuso el agente—, catorce años y un día.

—Gracias—repuso el escritor.
Y dirigiéndose a Rosario:

—¿Puede esperar catorce años y una semana?

—¿Para qué?

—Pues para...

Se detuvo. Fijó en Rosario una mirada llena de emoción y terminó la frase.

—Pues para casarse conmigo.

Rosario no pudo contestar, tal era la emoción que la embargaba.

El policía se dió perfecta cuenta de que estaba haciendo un "papelito", y, haciéndose cargo de todo, dijo al chofer:

—Haga el favor de parar en esa esquina.

Cuando el taxi se detuvo, el policía bajó y dijo a los viajeros:

—Desde que vi que la víctima

no estaba descuartizada, dentro de un baúl en la estación del Norte, comprendí que el caso no podía valerme ningún ascenso. Buenas noches.

Los dos se echaron a reír, pletóricos de felicidad, y volvió a arrancar el taxi.

Entonces declaró Rosario:

—Me parece que le he dado a usted un buen final para su novela.

—Querrá usted decir "nuestra" novela.

—Tiene usted razón.

—Y ahora, para mandar las últimas cuartillas a la imprenta, ¿se decide usted a dejarse querer toda la vida?

—Me decido.

El fué a abrazarla. Ella le detuvo.

—Espere.

Y cogió el sombrero de Luis Felipe y lo arrojó por la ventanilla.

El sombrero fué rodando por la calzada hasta que pasó un auto y lo apiastó.

—Pero, ¿qué ha hecho usted?—preguntó el novelista.

U N A V I U D A R O M A N T I C A

—Evitar que ese sombrero le dé a usted ocasión para empezar otra novela.

Y, sin nuevos preámbulos, se

confundieron en un abrazo, mientras el auto se deslizaba pausadamente por los caminos de las afueras.

FIN

Próximo número:

20.000 años en Sing-Sing

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante!

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE
 Ediciones BISTAGNE
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDU (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

NO QUIERO SABER OULANERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.

PÁJAROS DE NOCHE, por Annj Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gellahr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.

ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Waskell, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.

EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.

EL BAILE, por André Lafaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.

ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.

ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.

EL PAÑUELO INDIO, por Calleo Nesbit, Emlyn Williams, etc.

EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.

LA PRINCESA DEL «8-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.

ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.

ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.

PIRNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.

EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. Precio: 50 céntimos

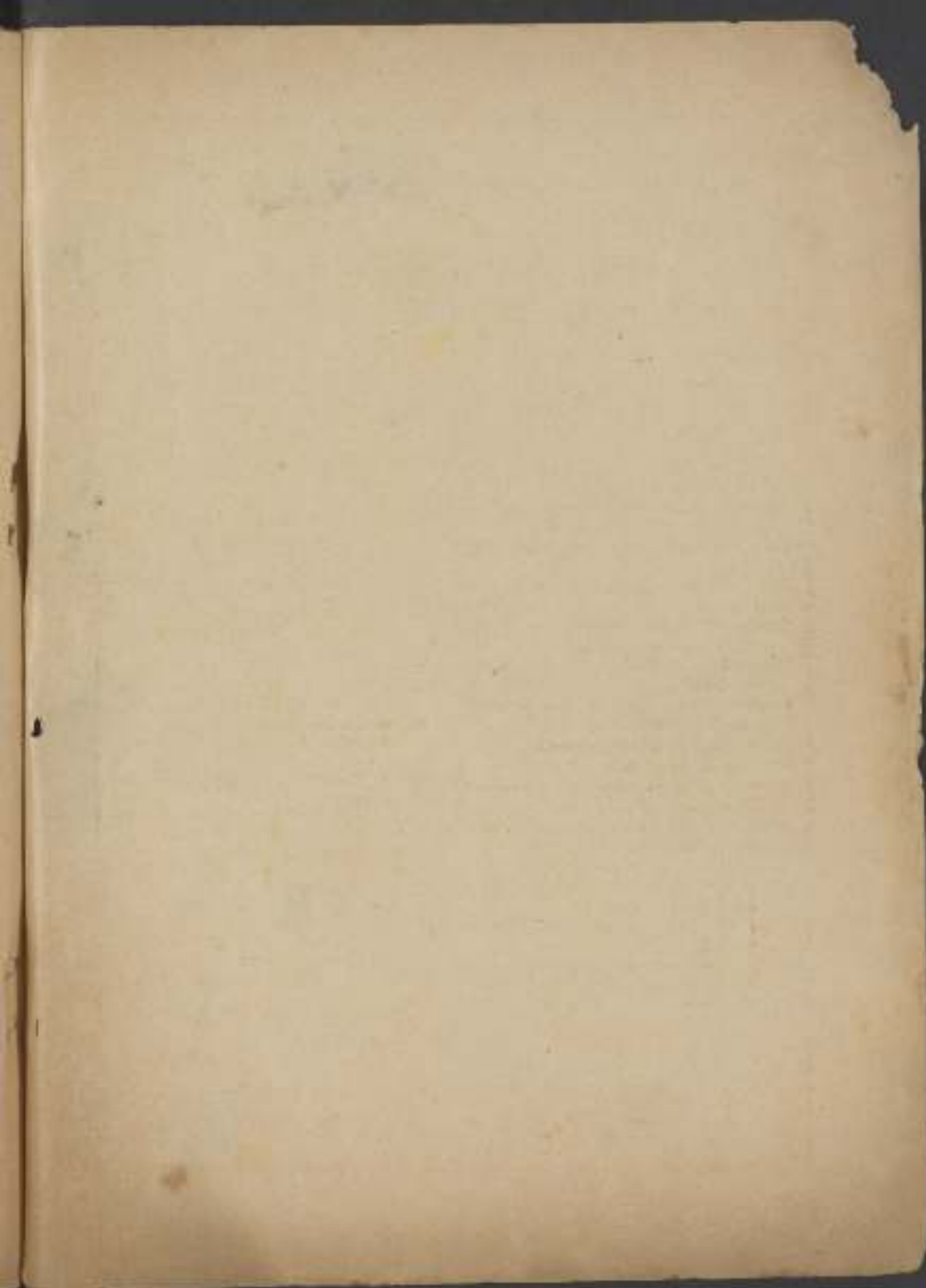
COLECCION USTED EL NUEVO ACIERTO DE
 Ediciones BISTAGNE
 EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NUMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elisea Landi, Victor Mac Laglen, etc.
 LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
 AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Barbara Stanwyck.
 UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Sniwa, etc.
 UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Amy Onda.
 JAQUE AL REV, por Emile Chautard, Pauline Garon.
 PARIS-MEDITERRANEO (Dus en un co-cha), por Annabella y Jean Murat.
 PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
 BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbett, Lupe Vélez, etc.
 LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Betty Hbert, Dan Lyon, etc.
 EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
 CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
 CONDENADO, por Ronald Colman.
 MONSIEUR, MADAME Y SISI, por Mary Gray y René Leleuvre.
 ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
 EL DONADO OESTE, por George O'Brien.
 ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA MUJER KILLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Sam Owen.
 SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmex, Mae Marsh, etc.
 TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
 TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
 ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
 AGUILAS HUMANAS, por Liabe Held, etc.
 DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
 LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
 NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Parnet, Maria Allen, etc.
 LOS HIJOS DE LOS "GANGSTERS", por Boetis Karloff, Leo Carrillo, etc.
 LA DAMA AZUL, por Joeline Gasi, André Baugé, etc.
 AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
 EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
 CARAS FALSAS, por Lowell Shermann, etc.
 PROMISADO, por Conchita Montecroce, etc.
 POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
 VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
 HACIA LA LUZ, por Merilyn Miller, etc.
 SUERTE DE MARINO, por Betty Eilers.
 LA PELERROJA, por Jean Harlow.
 TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. Precio: 50 céntimos



E. B.

Precio: Una peseta